

Tercero: Que nadie tiene derecho a mandar en los demás.

Cuarto: Que la propiedad es un robo.

Quinto: Que los ricos son unos ladrones.

Sexto: Que no hay más paraíso que el de la tierra.

Y séptimo: Que es un tonto quien no lo disfrute, aunque para disfrutarlo tenga que acabar con la humanidad.

Pero esto es un horrible disparate.

No importa.

Eso es la barbarie, el salvajismo, la disolución social.

No importa.

¡Ingratos! ¡Queréis matarme! ¿Es así como pagais mis sacrificios? ¿Yo que para criaros he derribado tantos conventos, destruido tantos altares y degollado tantos frailes; yo que para educaros he buscado maestros liberales que os enseñaran doctrinas liberales, poetas liberales, que os inspiraran ideas liberales, y hasta músicos liberales que os cantaran las coplas de la libertad, y ahora os conducis de esta manera?

Bien, madre, con eso nos has despertado el apetito; pero ¿cuando nos das de comer?

¿Pero que queréis comer?

Felicidad, riquezas, placeres, comodidades; en una palabra, nuestra porción de paraíso terrenal.

¿De paraíso? ¡Que disparate!

Tú nos lo has ofrecido.

¡Insensatos! No me comprendéis.

Tú eres la que no quiere comprendernos a nosotros.

Queréis acabar con vuestra madre

Como tu acabastes con nuestra abuela.

No me la nombreis, era una reaccionaria, quería sujetarme a las enseñanzas de la Iglesia, y por eso la maté.

Y nosotros te creímos, pues aunque las migajas de las manos muertas nos lucían más que los tejamañes de tus manos vivas, nos dejamos llevar de tus discursos, nos sublevamos y matamos a la abuela. El queso cayó en tus manos, y desde aquel día empezó tu administración.

Progresos, industrias, ciencias, adelantos, todo tenía por objeto el queso. El queso se perfeccionaba; cada vez era más rico, más grande, más succulento; pero entre tanto, como eras la más sabia, te lo comías tu sola.

La Civilización se pone fosca, y empieza a temer.

Hijos míos, exclama haciendo un esfuerzo. He hecho lo que he podido, os he dado ilustración, os he dado libertad.

Pero no nos das queso.

La economía tiene sus leyes: la moral y la justicia tienen sus leyes.

¿Y que entendemos nosotros de justicia ni de moral? ¿No dices que somos bestias, no dices que el mundo es un queso? ¿No dices que no hay más allá?

La civilización pierde los estribos, y comprendiendo que no hay más remedio que vencerlos o morir, saca una ametralladora y empieza a disparar sobre sus hijos. Los hijos sorprendidos, al pronto huyen en todas direcciones; pero repuestos después, se reúnen de nuevo, se organizan, y comienza la más espantosa revolución que ha presenciado el mundo; la dinamita y la pólvora estallan por todas partes; la sociedad se conmueve y parece que toca a su fin. De repente una mano robusta armada de un espadón, aprovechándose de un descuido, descarga a la Civilización un golpe en el pescuezo; la civilización cae, y el queso rueda libremente sobre la superficie de la tierra.

Cien manos se arrojan a cogerlo, pero al fin logra asirlo la mano de la espada.

¡Victoria! grita el pueblo por todas partes; ¡El queso es nuestro! ¡Viva la libertad!

Si, ¡Viva! grita el héroe vencedor, pero nadie me toque el queso.

¿Como? ¿pues no eres un hijo del pueblo como nosotros? ¿no te hemos ayudado a triunfar? ¿porque no lo repartes?

Porque si lo reparto me tocará menos porción.

Pero es que la justicia aconseja que lo distribuyas.

Y ¿que tengo yo que ver con la justicia? Mientras tenga la espada no suelto el queso.

La multitud indignada vuelve a las armas; la sangre corre de nuevo, y por fin, después de perecer muchas víctimas, logran derribar al usurpador. El queso vuelve a rodar sobre la tierra.

En esta ocasión lo agarran un millón de manos, y ninguna quiere soltarlo.

Que se nombre una comisión repartidora.

¡Yo seré de la comisión!

¡Yo!

¡Yo!

¡Yo!

¡Ninguno!

¡Todos!

La marimorena vuelve a armarse, y la sangre corre como un torrente, y va ya formando un mar.

El pueblo cada vez se pone más furioso; no comprende que, después de tanta lucha aun no acabe la raza de los tiranos. ¿En que consiste esto?

¡¡Infelices!! — exclama una vocecilla que grita desde lo alto.